

S. Sebastián Patrón de Palma



El cielo tuvo hambre de amapolas
cargadas de inocencia y sentimientos
[to...]
Dió un grito —verde surco en los
[espacios—
y en él echó el tributo de su gracia.

La gracia resbaló como una estrella,
y el corazón, de Sebastián, ier-
[viente.
con juego de miradas celestiales
debió su savia eterna y poderosa...

[Tu sirves a los cielos! Tu...
[Saeta
que rasga fibra a fibra sus entra-
[ñas].
[Tu afirmas con orgullo...! (Des-
[jallece...)

¡El cielo tuvo hambre de amapo-
[las]!
Abajo, santos lirios alumbraban
el cuerpo ya glorioso del atleta.
L. AGUILA DE CACERES

H O M B O

Tercera época

Núm. 38

GRAN PROGRESO DE LA TELEVISION

Inglaterra creó y puso en práctica un nuevo sistema durante la guerra

Grandes avances se realizan en Gran Bretaña en televisión. Una casa inglesa, la Pye Limited, ha producido un nuevo aparato de televisión que permite al sonido y a la visión ser transmitidas en una onda y recibidas en un receptor. Hasta ahora la televisión había necesitado dos estaciones transmisoras y dos receptores, uno para la visión y otro para el sonido. Con el sistema Pye Videósónico el programa completo, es decir visión y sonido, es transmitido en una sola onda, y sólo se precisa un transmisor y basta un simplificado receptor. Válvulas, materiales, trabajo, etc, se ahorran de un 15 a un 20 por ciento del coste total.

El nuevo sistema de transmisión tiene 405 líneas a través del cuadro que aclara considerablemente los tonos de la proyección. Estas «líneas» necesitan sólo una cien millonésima de segundo para correr de un ángulo a otro del

cuadro. Este brevísimo intervalo de tiempo se emplea para transmitir el sonido.

Las ventajas que ofrece el nuevo sistema de televisión Pye son numerosas y mencionaremos aquí

precisaría de más espacio y de conocimientos técnicos que no poseemos.

En la foto aparece el transmisor de un sistema de televisión Pye Videósónico.



Discursos plumbeos

¡Y luego dicen que los mujeres hob'on...!

El célebre ministro inglés Gladstone, al defender su puesto en el Parlamento en 1853, pronunció un discurso que duró cinco horas, hablando a una velocidad de 150 palabras por minuto, lo que hace suponer, que pronunció 50.000 palabras.

En cierta ocasión un maorí, miembro de la legislatura de Nueva Orleans, habló ocho horas seguidas y con motivo de otra discusión, diecisiete.

El doctor Comos, en la Asamblea de la Columbia inglesa, por el año 1885 habló durante veintiséis horas. Y, por último, en el Parlamento de Rumania, un diputado estuvo hablando treinta y siete horas para apoyar que fuera condeñado el ex-ministro Juan Bratiano.

Espionaje nazi en la O.N.U.

LA POLICIA BUSCA A UN HOMBRE

Aparece la inevitable mujer fatal

LONDRES. — La Policía busca por todo Londres a un hombre conocido por los diplomáticos como un agente nazi que ha realizado importantes trabajos durante muchos años y cuya presencia en algunos de los actos de la O. N. U. ha sido denunciada por varios diplomáticos. La noticia ha aparecido en el diario «Star», de esta mañana, que describe al individuo en cuestión como de mediana estatura, dominador con perfecta sultura de diversos idiomas y de origen dudoso, ya que jamás ha admitido una nacionalidad determinada haciéndose pasar indistintamente por latinoamericano, italiano, francés y egipcio.

Hace tres días, un delegado en la Conferencia de la O. N. U. manifestó a sus amigos que un hombre de extraordinario parecido con el agente nazi se hallaba cenando en una mesa próxima a la que ellos ocupaban en Londres. Otro delegado hispanoamericano afirmó haberlo visto también presenciando, mezclado entre di-

versos grupos de gente, la llegada de las personalidades al local en que iba a desarrollarse la inauguración de la conferencia. Debido a estas y otras informaciones similares, los agentes de Seguridad de la O. N. U., que protegen la Asamblea general, han incrementado las medidas de precaución y han comenzado las pesquisas para la identificación y captura del supuesto agente nazi.

Al terminar la guerra, este individuo desapareció de los círculos diplomáticos hispanoamericanos, en los que últimamente había venido actuando en favor de los alemanes. Desde entonces se desconocía su paradero.

Anteriormente había actuado en Irlanda, país en el que estuvo trabajando en favor del espionaje alemán durante la primera etapa de la guerra. Después desapareció, pasando al continente, vía Portugal, según la opinión de los agentes del Servicio Secreto británico. Más tarde se supo que había llegado a Turquía, en donde permaneció algún tiempo al lado de von Papen, hasta

que pasó a América, localizándose sucesivamente en varias ciudades del norte y del sur de dicho continente. Junto a la figura de este agente alemán se ha tenido

noticias estos días de la actuación de una muchacha canadiense de origen alemán cuyo intento de volar el aeropuerto Dorval, de Montreal, (Continúa en la pág. siguiente)

FLEMING descubridor de la penicilina



salvó
la vida

a CHURCHILL

(LEA NUESTRO INTERESANTE REPORTAJE EN LA PAGINA TERCERA)



Pedrito, Pedro, don Pedro Ferrer Gibert

En breve publicará su nuevo libro
"GALERIA DE AUTORRETRATOS"

Por J. B. G.



TODAS las tardes paso mis buenos ratos junto a don Pedro Ferrer Gibert. Don Pedro, cuando no hay pruebas que corregir, que poner en orden — en desorden, que en las pruebas de imprenta mete sus narices el mismísimo Demonio — pasea arriba y abajo, a lo largo de la sala de redacción, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, a pasos breves, menudos.

A veces suena el teléfono y entonces don Pedro se escabulle con pasos más breves, pero más vivos también. Ante el teléfono don Pedro siente el temor que, frente a las armas secretas, deben sentir las pacíficas, mal armadas y felices pequeñas naciones. Don Pedro debería poner en sus tarjetas venenoso irremediable del teléfono, o, mejor aun, un ano me llame usted por teléfono mundo, irónico y contundente.

La máquina de escribir es otro de los artefactos incomprensibles para don Pedro. En alguna ocasión le he preguntado por qué no se ha decidido a aprender su manejo. «Se ven mucho mejor las faltas de ortografía y hasta de sintaxis, don Pedro», le he dicho.

Pero a don Pedro, estas cosas, no le interesan (el caso es que a mí tampoco). Precisamente recuerdo que una vez nos enzarzamos en una del todo amistosa discusión sobre la ere simple y la erre fuerte y el hombre, viendo que yo defendía con mucha tenacidad mi punto de vista sobre el uso de una de ellas en determinada palabra, fué y me dijo:

—Mire Juan, en mi tiempo esta palabra se escribía así. ¿Qué ustedes ahora la escriben así? Pues, santo y bueno. ¡Cosas de la juventud de ahora!

Aquel en mi tiempo de don Pedro me dió tal medida de ironía, de tan remotos y olvidados días, tal sensación de que don Pedro, con todo lo que él significaba, se perdía en la noche de los tiempos que, entre atemorizado y maravillado, empecé a mirar a don Pedro como estoy convencido debe admirarse y quererse. Como un monumento de vocación, de curiosidad, de constancia y de amor por la sucia, mirrúscula y mal retribuida letra de imprenta. ¿Dónde empieza don Pedro y dónde la historia de Mallorca? (Al escribir esto, que me dicta el subconsciente, veo asomar la jeta burlesca y pícaro de alguien que un día me dijo: «¿La edad de don Pedro? Las crónicas aseguran que Pedrito, de calzón corto y tez sonrosada, jugó a adolles» en el solar de la Seo. ¿Será verdad, Dios mío?)

A don Pedro le visitan muchos amigos, entre ellos don Juan Surda que, al escuchar las respuestas de don Pedro, dibuja un garabato en el aire con su trompeta de sordo como una tapia. Contemplándolo, algunas veces, he esperado, entre divertido y asustado, que por la boca de aquella trompeta don Juan hiciera sonar una diana espléndida y vigorosa. Pero don Juan se limita a escuchar a don Pedro, que le habla de cuadros, dibujos o ivaya usted a saber de qué! Además de amigos (y alguna amiga con aire de gran señora y rescoldo en su esbelta figura y pelo blanco, de una gran belleza que fué, que diría algún cronista de salones), también viene a ver a don Pedro algún que otro enemigo suyo. Uno de ellos, el pintor Luis Derqui, me hizo pasar cierta tarde un rato lleno de zozobra. ¿Saben ustedes cuál fué el saludo que para don Pedro le gritó don Luis? Pues nada menos que éste:

—A los críticos de arte habría que quemarlos y a usted el primero, don Pedrito. Son ustedes nefastos.

Quise intervenir, pero como observé la sonrisa de uno y otro, después de tan fuertes palabras, pensé que ambos ya estaban acostumbrados a oír y a decir tales cosas y me quedé donde estaba y bastante divertido.

Don Pedro hace muchas escapadas a las Galerias Costa, que es para él una especie de puesto de mando desde el que distribuye sus horas y encausa sus afanes. Sobre las 8 y 20 minutos de su reloj de pulsera (que son las 8 10 minutos, porque él lleva su reloj adelantado), don Pedro se pone la bufanda, el abrigo y el sombrero y se despide. «Si no me doy prisa se me escapará el tranvía». Y al decirlo parece que se refiere a un tranvía particularmente suyo que, desde el Lirico, parte hacia el Terreno a las 8 y 25 minutos en punto, que son las 8 quince a lo sumo.

Don Pedro está muy orgulloso de su gran rapidez de crítico de arte y en este sentido entiende la crítica al modo más periodístico de todos. Antes de abrirse la exposición, de colgarse los cuadros, yo he visto como don Pedro remataba una crítica y la entregaba a la tipografía. Esto se llama llegar antes del criminal, al lugar del suceso, y es, sin duda una gran virtud, una más, del buen periodista.

Y este es, lectores, amig don Pedro. Queda, perdido en la noche de tiempos decimonónicos, con miss Giacomini, haciendo de las suyas por nuestras calles, con Tórtola Valencia en tertulias musicales y literarias, con Santiago Rusñol tomando cerveza en Ca'n Tomeu, con (CONTINUA EN LA SIGUIENTE PAGINA)

Pedrito, Pedro, don Pedro Ferrer Gibert

(VIENE DE LA PRIMERA PAGINA)

exposiciones de Mir, Anglada o Meifren en el Círculo, queda, digo, un Pedro o Pedrito o «Prensita», que yo no he podido conocer.

De cuando Pedro publicaba sus primeros libros («Brozas», «Visiones de Mallorca», «Flirt», etc.) y colaboraba en las revistas parlistas de Gómez Carrillo (1) y Rubén Darío, quien por culpa suya se vistió de Cartujo y de tal guisa se dejó retratar, tengo ante mis ojos una caricatura de Picarol y un retrato que don Pedro me regala. En la caricatura, el mordaz humorista de Picarol, le ha pintado con más cara de japonés que nunca y unas manos regordetas, una de ellas enfundada en un blanco guante y la otra, desnuda y con las uñas muy puntiagudas y cuidadas: Como correspondía al autor de aquel atrevido libro «Flirt» capaz de ruborizar a cualquiera de aquellas petimetras que, Borne arriba, Borne abajo, hacían su jornada diaria de mirar, prometer y denegar con los ojos.

La fotografía, que es lo mejor de este barbarote ladrillo, nos muestra a Pedro con una madame y pintora rusa, Mme. Bonjinsky, en la Cala de San Vicente.

—(O)—

Ahora don Pedro, al cabo de treinta y pico de años de hacer crítica de arte, nos entrega su primer libro (octavo en su producción total), en torno a las figuras de artistas que Mallorca ha tenido la felicidad de albergar. «Galería de Autorretratos» — este es el título del nuevo libro de don Pedro — es un ferviente homenaje de su autor a los artistas. A este libro, Alexis Macedonski le ha puesto un epílogo espielandolo y Borrell-Nicolau un prólogo cariñosísimo. En cierta manera, pues, los artistas ya le agradecen a don Pedro este nuevo libro suyo y sobre su más querido tema.

—(O)—

—Don Pedro, ¿qué hora tiene V.?
Y don Pedro me dice que las ocho y diez y que ya es hora de marchar.

(1) La revista de Carrillo, «Elegancias», era naturalmente una «revue» de «Grand Monde» verdaderamente avasalladora. Hay que tener presente que don Pedro, por aquel entonces, significaba en nuestros salones tanto o más que Gil de Escalante en los matritenses de fin de siglo. Pues, ¿no recitaban, unas adorables y distinguidas «figuras» de la época, aquellos versos alusivos a Prensita y que decían:

«Está metido en la prensa
y siempre se deja ver
el finísimo Ferrer?»

La popularidad tiene esos arrequives copieros e inevitables.

Espionaje nazi en la O. N. U.

La policía busca a un hombre

Aparece la inevitable mujer fatal

(Viene de la pág. anterior) treal, ha sido dado a conocer ahora por los servicios de la aviación canadiense. Del mencionado aeropuerto salieron para la zona euro-

pea de operaciones bélicas 22.000 bombarderos durante toda la guerra. Dicha muchacha prestaba sus servicios en el «comando» de transportes, y comenzó a ser sospechada de actividades secretas por el hecho de que sistemáticamente se entrevistaba cuatro veces por semana con aviadores que habían de partir para Europa, reuniéndose las restantes noches con elementos civiles sospechosos. La vida de lujo que llevaba, imposible de sostener con los noventa dólares mensuales que percibía como sueldo por sus servicios, hizo acentuar las sospechas sobre su persona. Posteriormente, la dudosa joven se trasladó a Estados Unidos con su madre, y el servicio de contraespionaje interceptó diversos envíos que hizo a Montreal, entre los cuales descubrió un paquete que contenía diversas informaciones referentes al aeropuerto, así como planos del astillero de Bouton y ciertos detalles de fabricación del portaaviones que iba a ser botado en breve en otro arsenal norteamericano.

La muchacha sospechó la vigilancia que sobre ella se ejercía y desapareció de la noche a la mañana, juntamente con su madre, creyéndose que consiguió refugiarse en la Argentina, país en el que se supone que está en la actualidad.



DERROCHE

La voz de la radio:—... después de descuartizar el cadáver, el asesino arrojó los trozos al río... Los escuchas:—¿Qué despilfarro!



PROFESOR DE MATEMATICAS —Estoy muy contento, amigos míos, de morir de un cálculo en el hígado.



GALANTERIA

—¿Este perro es suyo, señora?
—Sí... ¿Cómo lo ha conocido?
—Por el parecido.



—Carlota!... Si te encuentro otra vez en la ventana, te pongo en la puerta.

Fajas - Bragueros
MEDIAS DE GOMA
CASA CODINA
Junto al Borne) Palma

Español que triunfa en HOLLYWOOD



El pianista español José Iturbe que, desde hace unos años, trabaja en estudios cinematográficos de Hollywood y obtiene triunfos resonantes con sus interpretaciones y creaciones pianísticas.

Recital de canto en el Conservatorio



CATALINA DURAN

Con asistencia del Excmo. señor Alcalde de nuestra ciudad, don Juan Coll, y el Teniente de Alcalde y Subjefe Provincial del Movimiento, señor Fuster de Puigdorfilá, dió en el Conservatorio un recital de canto que corrió a cargo de la celebrada soprano mallorquina Magdalena Durán, acompañada magistralmente al piano por don Jaime Roig. Un selecto y variado repertorio coadyuvó a dar más realce a la labor, bajo todo punto de vista, magnífico de la señorita Durán. Desde la última vez que tuvimos feliz ocasión de oírla ha aumentado notoriamente su volumen, viéndosele, a tenor de su excelente escuela de canto, un gran porvenir que le abrirá seguramente grandes caminos donde poder emocionar públicos y más públicos. Nos cantó «Voi qu'ue sapete» de «Los bodas de Fígaro», de Mozart; «Ilusión», lieder, de Mozart; «Mi chiamame Mimí», racconto de la «Bohème»; «El sueño de Elsa», de «Lohengrin», de Wagner, etc. Ni que decir tiene que derrochó facultades en todas las susodichas romanzas. Acusando una expresión dramática, agudos limpios y seguros, y un timbre, francamente extraordinario, «El sueño de Elsa». Por tanto,

deducimos en ella una envidiable indiferencia ante dos composiciones podemos decir, diametralmente opuestas: la alemana y la italiana. Nada más nos queda por decir sino alentarla— la razón se impone— a seguir su ruta ascendente de soprano que dudamos pueda llegar ya a más altura.

A. de C.

PAREJAS DEL CINE



Diana Barrymore y Brian Donlevy principales intérpretes de «Nightmare» («Pesadilla»)



Susanna Foster y Nelson Eddy en una escena de la película «El fantasma de la Opera» en ténico color

Columna del novel

NINOS... FLORES
¡Niños! ¡Tristes flores de la Europa sacudida por un Marte ciego y [brientas] [flores muertas! ¡Niños tristes! Tristes flores inocentes que so- [fiero! [Mustias vidas... pupilas con horror y desconcierto. [llozan] [yendas]

Bernardo BOVEDAS

LA AFICION
A Juanita
En el «Rincón del Novel» quiero mis ansias grabar para que «HONDA BALEAR» hable de mí, de tí y de El.

Macilentos rostros que retratan una guerra que ni ante ellos se [detiene. [Cruzóse Ella en mi vía y depositéle mi amor. ¡Oh! Juanita, el destino de mi te ha separado, el lujo, el buen estado en mi ausencia a tí vino. El Balompié es la afición de este tu nuevo amante, que, solícito y galante, con sus juegos de balón, te robó tu corazón y el mío dejó vacante.

Sus menudos cuerpos hoy tiritan por un frío que ha llegado hasta [sus huesos. Sus miradas trágicas nos muestran el infierno de la Europa del momento.

Un «porqué» desconcertante brota [sordo de sus ojos que reflejan la trá- [gedia de una Europa sangrante que muy [pronto matará sus ensueños y vivezas. [Horizonte gris! ¡Negras ruinas!

Y, que quieres que te diga si aun me amas, lo sé, pues, «Al que Dios se la dé San Pedro se la bendiga»
Damián REXACH

Tablero de la curiosidad

¿SE QUEJA USTED POR QUEDARSE SIN COMER?

Mírese en el espejo del condor. Este simpático animalito puede resistir hasta cuarenta días sin comer y que por tan prolongada abstinencia no sufre debilitación alguna.

EL NEGRO Y EL ROJO

En el siglo XV el color del luto de los príncipes de Francia era el rojo.

COSAS DEL CALENDARIO

He aquí algunos de los caprichos del calendario:

Primero. El año comienza y acaba siempre el mismo día.

Segundo. Los siglos no se inician nunca ni en domingo, ni en miércoles, ni en viernes.

Tercero. Los calendarios se repiten íntegramente de veintiocho en veintiocho años.

EL PROGRESO AL DIA

Invencciones recientemente registradas en las oficinas de patente de los Estados Unidos:

Un cinematógrafo en el que la película se proyecta sobre una pantalla colocada a la altura del techo, permitiendo a los espectadores presenciar la sesión desde asientos reclinables.

—Un cascarón de acero fácilmente adaptable a cualquier auto ordinario para convertirlo en blindado.

—Una máquina que por medio de un cable devanado en un torno arranca los árboles por las raíces.

Otras invenciones anunciadas la semana pasada:

Cerveza enriquecida con vitaminas.

—Un faro de automóvil con párpados que se entornan al deslumbrarse con la proximidad de otro automóvil.

—Cosmético rizador de pestañas con una pequeña bombilla para poder aplicarlo a oscuras.

—Un frotador eléctrico para lavarse la espalda formado por un aparato que se instala en el baño con una toalla sin fin rotativa sobre dos cilindros, uno en inmersión y el otro fuera de agua.

—Una planta de opio «pre-razonada» y conseguida mediante el espolvoreo de cierta cantidad de sal sobre el terreno antes de sembrarla.

—Una planta de opio «pre-razonada» y conseguida mediante el espolvoreo de cierta cantidad de sal sobre el terreno antes de sembrarla.

NO SOLO SIRVE PARA FOTOGRAFIAS DE SUSTO

Además, el magnesio es un poderoso fertilizador de huevos.

COMIDA A BASE DE MARIPOSAS

Los indígenas de Australia consumían, a principios de siglo, millones de mariposas. Los negros de Bugong aun las cogen en cestas; las asan, las sacuden para que se les caigan las alas luego las prensan y forman tortas. Las tortas no serán sabrosas. Pero sí poéticas.

TEATRO ESPAÑOL EN NORTEAMERICA

Los dramaturgos españoles han estado bien representados en la escena americana. Con «Los intereses creados», de Benavente, se inauguró el New Yarg Theatre Guild, compañía profesional independiente que ha ejercido gran influencia sobre el teatro norteamericano. Los dramas de Benavente, las hisopélicas comedias de los hermanos Quintero y las obras de otros famosos dramaturgos españoles han sido presentados en inglés por una compañía madrileña en Nueva York.

MUERE COMPLETAMENTE CURADO

Un médico, trataba de curar todas las enfermedades con magnetismo. Un día se le muere un enfermo.

—Un amigo le recrimina: —Pero, ¿has observado al paciente durante su enfermedad?

—Ha muerto completamente curado.

SI ECHA USTED UNA CARTA AL CORREO...

...Recuerde que en París se abrió la primera oficina de correos el 1462, en Inglaterra el 1581 y en América en 1710.

LA FUERZA DEL AGUA

Cuatro mil seiscientos litros de agua cayendo desde una altura de 488 metros, hacen el mismo trabajo que 8 caballos en 50 hombres tirando juntos una hora.

EMBALAJES - TRASLADOS Especialidad para la Península



San Miguel 238
Tel. 3128 PALMA



Gratis

PARA PROPAGANDA, se le confeccionará y remitirá por correo bonita sortija de PLATA, forma sello, con foto-esmalte. Envíe fotografía y medida del dedo (una tira de papel o un hilo)

ESTUDIOS MADRID

Apartado 10.043 - MADRID

Modelo 20
Sello en plata de ley con foto-esmalte y tapa con iniciales (GRAN MODA)

UN CUENTO RELAMPAGO

Un invitado a comer

Fleming descubridor de la penicilina salvó la vida a Churchill

Al otro día, en la sala de exposiciones de pintura, me encontré con mi viejo amigo Pablo. No lo veía desde hacía diez años, de cuando decidió abandonar sus estudios universitarios y emprender un largo viaje a Chile. Nos abrazamos efusivamente; y después, cogidos del brazo, penetramos en un Café. Pedí dos aperitivos y me dispuse enseguida a telefonar. —Clara —le dije a mi mujer— estoy en un café de la calle Mayor, en compañía de un amigo que no veía desde hace bastantes años. He decidido invitarle a comer... —¿Para cuándo? —me interrumpió mi mujer desde el otro extremo del hilo telefónico —Pues, para hoy Naturalmente. Así se lo he dicho Comprende que no puedo aplazarlo... No, no... Se queda en la Ciudad muy pocos días... ¿Cómo?... Sí, sí, me parece excelente: tallarinas. Las tallarinas son tu especialidad. Estoy convencido de que le gustarán muchísimo. El pobre ya no sabe el gusto que tiene la cocina casera, porque lleva tanto tiempo comiendo de fonda... Sí... sí... ¡o harás todo muy bien, no te preocupes! No; no puedo; Créeme, no puedo aplazar la invitación. ¿Qué cómo te saldrá?... Perfecto, perfecto. Ya lo verás dentro de una hora... Adiós. —Acabo de telefonar a mi mujer —le dije a Pablo— para advertirle que te he invitado a comer en casa. Espero que esto será de tu agrado y que nos honrarás aceptando. —Desde luego; será para mí un gran placer —contestóme Pablo—. Estoy harto de comer en restaurantes. ¡Aquellas comidas me han reventado el estómago! ¡Deseo tanto saborear una comida casera!

—Y una cosa vas a comer... —añadió yo—. ¿A ver si adivinas lo que vamos a comer? Comeremos, tallarinas, ¡tallarinas! —¡Estupendo! —exclamó Pablo, relamiéndose los labios—. Las tallarinas son mi debilidad. —Me alegro. Vayamos juntos a dar cuatro pasos, antes de ir a casa —Exquisitas —decía mi amigo Pablo, dos horas después de haber devorado en un santiamén, un colmadísimo plato de tallarinas. Hacía diez años que no había comido manjar más sabroso. Y que no tiene vuelta de hoja: una cosa son las tallarinas que te presentan en la fonda, y otra, las que se comen en casa. Se condimentan mejor. Hasta... ¿cómo lo diría yo?, despiden un perfume encantador... En suma, son mejores, infinitamente mejores... Las tallarinas de la fonda se comen por hambre, eso es. En cambio, éstas... —Gracias, muchísimas gracias —repetió con modestia mi esposa. —Las tallarinas son mi especialidad. En aquel instante se oyó sonar el timbre de la puerta, y seguidamente, entró la doméstica —Señora, —le dijo a mi mujer— es el camarero del restaurante «Javanés», que trae la cuenta de las tallarinas. Mi mujer a quien le faltó poco para que le diera un síncope, salió como pudo del comedor. Yo bajé la cabeza. Sentía una gran vergüenza y no me daba con ánimos de mirar a los ojos de mi buen amigo Pablo, quien, a su vez, se había puesto más colorado que una amapola. —(P. M. T.)

Fleming nació en una granja rodeada de verdes praderas y de casucas que parecen de juguete. Se desarrolló en contacto con la Naturaleza y su vida es el afán por desentrañar sus misterios y llegar a la misma fuente de la verdad, extrayendo de sus dones cuanto puede servir para mitigar el dolor. Humilde ha sido su cuna y humilde sigue siendo. Ningún provecho pecuniario le ha reportado su labor incansante, fatigadora. Continúa siendo el mismo hombre de trabajo de sus años mozos, sin otra ambición que la emanada de sus investigaciones y de sus estudios, sin ambiciones materiales ni deseos de grandeza. El Premio Nobel ha significado para Fleming la recompensa a sus desvelos, pero también un acicate para su inquietud de sabio. Fleming, hijo de labrador, naciera también labrador. Era la manera del arado la reservada para él; no las placas ni los tubos de cultivo del médico bacteriólogo. Una intervención suya en un accidente, cambió el curso y los horizontes de su vida de futuro trabajador rural, como sus progenitores. Salvó a un joven que estuvo a punto de ahogarse atacado por súbito calambre. Arrebatada a la muerte su presa, reintegrado el salvado a su hogar de Londres, los padres de éste quisieron agradecer al adolescente arrojado su gesto humanitario, en el que arriesgó su existencia. Inquirieron afanosos y llenos de gratitud qué cesaba aquel muchacho, lleno de nobleza, y así supieron que su sueño dorado era ser médico. Así llegó a las aulas universitarias Fleming: por obra de una acción de amor al prójimo, costeados sus estudios por quienes tenían que agradecerle la vida de su hijo. El joven a quien Fleming salvó de ahogarse irremisiblemente, se llama Winston Churchill. El labrador adolescente de la agreste Darvel, de Escocia, se graduó con las más altas distinciones, entre ellas la medalla de oro de la Universidad londinense. Desde entonces se dedicó infatigablemente a los trabajos de laboratorio, atraído por las disciplinas científicas rayanas en la especulación de la lucha contra el mal. En 1929 hace Fleming su sensacional descubrimiento: la penicilina. Pero pasaron años antes de que los investigadores prosiguiesen a fondo y se valorase debidamente el hallazgo del tesonero bacteriólogo. En el año 1944 se considera seriamente las propiedades de este medicamento y se inician los tratamientos con la maravillosa droga. A partir de entonces, cada día que transcurre, se van anotando nuevos triunfos y el éxito corona los desvelos del denodado benefactor del a Humanidad. Quince años justos después de su descubrimiento, cife a su frente los laureles del Premio Nobel, culminación lógica y merecida de todos los honores que en ese lapso le fueron tributados: consagración de un sueño de bien. La Humanidad entera le está reconocida. Tiene con él una deuda de vida.

ADOPABLE COMPANERA



Feminidad vencedora

No importa que las cosas todas del mundo hayan variado hasta ser otras o como fueron, y que este cambio imponga a la mujer deberes insoportables e importantes dentro de la vida social de los pueblos. Los hechos fundamentales de la vida no cambian. Nacemos, nos multiplicamos y morimos de igual modo que lo hicieron los primeros seres que poblaron el mundo. De tras de cada hombre o mujer ultracivilizados se encuentra el individuo primitivo con sus mismas pasiones y deseos, más o menos refrenados por el medio civilizado en que vivió cada uno; pero en lo esencial, en lo que no varía, todos los seres humanos somos iguales. De Eva a la más modernísima joven de nuestros días existe, por razón de sexo, una afinidad completa e inevitable. Y este legado hereditario a través de una y otra generación, hasta el fin del mundo, impone a la mujer actual los mismos deberes y responsabilidades que a la primera hembra en cuanto al dolor y gozo de la maternidad. Inútil es que pretenda sacudirse el yugo de este tributo obligado. La eterna ley humana de traer en las propias entrañas al individuo que ha de propagar la especie, y la tarea de formarle de acuerdo con su misión continuadora, no entienden de modas ni costumbres nuevas y exigen el esfuerzo tributario de la mujer tal cual lo establecen las leyes de la Naturaleza, sabiamente lógicas y perfectas. Y a este punto de partida hemos de volver, en cuanto a lo fundamental, para comenzar de nuevo a andar el camino de la Vida por las rectas veredas de una norma imborrable y segura. No quiere decir esto que la mujer haya de limitar sus posibilidades morales, intelectuales y físicas al único fin del matrimonio y los hijos. En cualquiera de los estados que elija, tiene el deber de ser útil a la sociedad desarrollando una actividad constante apropiada a su carácter y circunstancias. En la evolución constante de la cultura, su presencia es indispensable junto al esfuerzo del hombre, de quien ha demostrado ser un excelente auxiliar. Por otra parte, su aportación es indispensable en aquellas tareas que exigen una sensibilidad y un tacto especiales, propios del carácter femenino. Existen también otros trabajos adaptables a su capacidad y circunstancias, los cuales ofrecen a la mujer la garantía de una independencia económica o la seguridad del bienestar de los suyos. Todas estas razones son suficientes para demostrar que la mujer, lógicamente, ha de trabajar, se debe a un continuo esfuerzo de su voluntad, su inteligencia y sus sentimientos si quiere llenar de un modo completo todos y cada uno de sus deberes.

RECETAS DE COCINA

SOPEA DE ALMEJAS Se cuecen las almejas y se añaden a la concha a unas buenas sopas de ajos siguientes: se frien aceites y unos dientes de ajos, bastante tomate y pimentón, se sazona con sal y un poco de pimienta, se añaden sopas de pan tostadas al horno y el caldo, donde se cocieron las almejas, y se sirven muy calientes.

TORTILLA VERDE Se lava bien y se cuece un manojo de espinacas; después de bien escurridas se rehogan en un poco de manteca de vaca con sal y pimienta; se baten ocho huevos, con se añaden a las espinacas y con todo bien revuelto se cueza la tortilla en la sartén. Se sirve muy caliente.

TERNERA ASADA Se toma un buen trozo de ternera que se limpia del gordo y se le quita la piel; se ata para darle una forma conveniente para trinchar; se unge bien de manteca de cerdo, se sazona con sal y se pone al horno: cuando esté bien asadita y dorada se desengrasa, si tuviera demasiada grasa; se añaden unas cucharadas de caldo o agua y un chorrito de jerez o vino blanco; se deja así unos hervores y se sirve muy caliente acompañado de puré de patata.

TURRON DE YEMA Una libra de almendras molidas, una libra de azúcar fina y siete yemas crudas; se mezcla todo bien y se amasa mucho tiempo; se pone una capa de dos dedos de esta pasta y se espolvorea de canela. Todo se hace en frío.

CALENDARIO DE PENSAMIENTOS

- LUNES.—No hay mentiras insidiosas.
MARTES.—El placer sólo da alegría; el deber la felicidad.
MIÉRCOLES.—El dolor levanta el ánimo, abate al fuerte, confunde al sabio inspira al ignorante y establece un lazo de unión entre los que se aborrecían.
JUEVES.—El que pretenda robar a otro, que se corrija antes de ir a prisión.
VIERNES.—El avaro o la avara no posee sus bienes, son éstos los que le poseen.
SÁBADO.—Lo que no vendería a nadie por cualquier precio se regala después de cualquier.
DOMINGO.—Las mujeres se rien de todo lo que no las hace llorar.



—¿Por qué piensas que tu reloj va atrasado si marca la hora exacta? —Si, es que debe llevar un retraso de veinticuatro horas...



REGALOS —Me gustaría que fueran menos bonitos. La mayoría son para gentes a quienes no puedo tragar.



—¿Ves aquel hombre? ¿No lo puedo tragar! En confianza ¿cuánto le debes?



—¡Guardia! ¿Hace el favor de decirme hacia dónde cae Correas? —¡Ah! ¡Pero es que se está cayendo!

LA MODA EN MADRID

El año 1945 se ha caracterizado en el campo de la Moda por la gran variación de las líneas dentro de una aparente sencillez que ha sido la preocupación primordial de nuestros dibujantes y modistos. En este invierno se llevan muchos los abrigos amplios en género inglés, escoceses o rayados en tonos grises o marrones oscuros. Para mucho vestimenta el negro adornado con ricas pieles. Y... hablando de ella el astrakán y la nutria son las pieles que están más de moda, aunque los de «borrego» y «conejo» parece los relegan por la alarmante profusión con que los vemos tanto a personas mayores como a niños. En los trajes de sport ha predominado durante las cuatro estaciones la hechura de colegiala y sastré, como así mismo, en los de mucho vestir los bordados pasamentera y francés. Los trajes de noche se han llevado en la mayoría adornados con tul y detalles de oro y plata. Los zapatos han sufrido una pequeña variación en su suela, ya que las suelas articuladas y las formas tirolesas han permitido crear nuevos modelos «ortopédicos». Afortunadamente siguen los zapatos de tacón Luis XV y forma salón haciéndoles la guerra y... esperamos de una vez para siempre logren desterrar esos zapatos tan antiestéticos y poco femeninos. Siguen utilizándose los bolsos con visagra para mañana en forma ovalada y los de ante negro o piel de rusia granate para vestir. Joyas muchas joyas, lo mismo en las solapas, que mufecas y lóbulos de las orejas. Trajes de punto y jerseys para las academias y oficinas. Esto es, a grandes rasgos, lo que la moda ha sido en el año 1945.



—Es posible que nunca seas de mi parecer. —Ciertamente, querido. ¡No vamos a estar equivocados los dos!



TEMPERAMENTO BONDADOSO —¿Por qué pide V. limosna, si es joven y robusto? —Por altruismo, señor. Soy soltero y no quiero quitar el trabajo a ningún padre de familia...

CROISILLES

Por Alfredo de Musset (1810-1857)

(Viene de la 4.ª página) A medida que Julia hablaba, la buena señora iba de sorpresa en sorpresa, escuchándola atenta, enternecida y encantada. Las últimas palabras la decidieron. —¡Sí, hija mía —repetió varias veces—, yo sé lo que es eso, yo sé lo que es eso! Y diciendo así hizo un esfuerzo para levantarse; sus débiles piernas apenas podían sostenerla; Julia se adelantó hacia ella rápidamente y le dio la mano para ayudarla. Por un movimiento casi involuntario, cayeron una en brazos de la otra, terminando así el convenio, que fué sellado por un beso cordial tras el cual siguieron las confidencias sin la menor violencia. Convenido todo, la buena señora sacó de su armario un venerable traje de tafetán que fué su traje de novia. Tal antigüedad tenía más de cincuenta años; pero ni una mancha ni la menor huella de polvo. Julia quedó admirada. Mandaron buscar la carroza de alquiler más lujosa que hubiese en la ciudad. La bondadosa ancianita ensayó lo que había de decir al señor Godeau; Julia le indicó el modo de atacar a su padre para conoverle, y no tuvo escrupulo en confesar que la vanidad era su punto vulnerable. —Si se os ocurre —le dijo— un medio de adularle en su flaqueza, habremos ganado la partida. La anciana reflexionó profundamente, acabó su tocado sin decir palabra, estrechó la mano de su futura sobrina y subió a la carroza, que a poco se detuvo ante la casa del señor Godeau, en la que penetró la dama con tal arrogancia que parecía haber rejuvenecido diez años. Atravesó majestuosamente el salón donde Julia dejó caer su ramo de violetas, y cuando se abrió la puerta de la estancia donde esperaba el señor Godeau dijo con firme voz el lacayo que la precedía: —Anunciad a la baronesa viuda de Croisilles. Este título fué lo que decidió la felicidad de los dos amantes. El señor Godeau se deslumbró con él. Aunque los quintientos mil francos le parecieran poca cosa, consintió en todo por hacer baronesa a su hija. Y baronesa fué. ¿Quién se hubiera atrevido a disputarle el título? Bien ganado lo tenía. (1) Moneda antigua francesa de cobre acuñada en tiempo de Felipe I. (2) Moneda que valía veinte sueldos.

CROISILLES

Por Alfredo de Musset (1810-1857)

En los comienzos del reinado de Luis XV, un joven llamado Croisilles, hijo de un orfebre, atollado y poeta, volvía de París al Havre, su pueblo natal, después de realizar una operación que su padre le encargó. La alegría de demostrar al autor de sus días su valía de negociante y la de volver a ver a la mujer de sus sueños, la señorita de Godeau, hija de un nuevo rico por demás poseído de su nuevo estado, se anubló cuando halló cerrado el taller de su padre y averiguó que éste, después de quebrar estrepitosamente por la mala jugada de un socio suyo, había escapado a América. Estas noticias le provocaron una singular reacción. Comprendió que no era capaz de afrontar la situación porque carecía de preparación y de medios, y decidió suicidarse desde luego. Pero antes pensó y puso en práctica la decisión extraña de solicitar formalmente la mano de la señorita Godeau. Esta resolución la tomó repentinamente al ver pasar ante su mirada calenturienta al amor de sus amores. La siguió pues, peñetró tras de ella en su casa y a presencia de la joven fué recibido por Godeau en persona, rechoncho y presumido. Sin rodeos Croisilles manifestó que habiéndose arruinado había decidido matarse y lo iba a perpetrar dentro de breves minutos. Pero que antes rogaba al Sr. Godeau le concediera la mano de su hija, que tan honrada se hallaría soltera como viuda. Era un deseo de moribundo que la conciencia del Sr. Godeau no podía denegar. El Sr. Godeau, una vez repuesto de su sorpresa, lamentó la desgracia del joven, dijo



Fuó recibido por Godeau en persona, rechoncho y presumido.

claramente que lamentaba aun más el que se hubiera vuelto loco, y por fin ofreció, para remedio inmediato, algunos luises que, con gran satisfacción suya, no fueron aceptados. Croisilles salió de esta entrevista sin ninguna decepción, pues estaba persuadido de su resultado, pero al menos tranquilo por haber cumplido el que creyó último deber de su vida. Mas la señorita de Godeau, que, aunque desatinada, consideró con alguna simpatía la singular propuesta, salió tras el joven, le atajó por las habitaciones interiores y le alcanzó en el vestíbulo. Pero al verle, todas las palabras persuasivas que llevaba preparadas se le anudaron, se quedó perpleja y un ramito de violetas que llevaba a la mano se le desprendió. Croisilles lo alzó contento e iba a devolvérselo, pero ella, en el colmo de la confusión, en lugar de aceptarlo siguió su camino sin decir palabra y regresó a la estancia de su padre.

Croisilles salió de aquella casa entre feliz y rabioso, pero sin cambiar su firme resolución de acabar con su existencia. Paseaba sumido en estos pensamientos cuando la voz de Juan, el antiguo criado de su padre, le sacó de su ensimismamiento. Juan venía alborozado de alegría para anunciarle que el Juzgado había realizado los bienes para el pago de los acreedores, pero que después de pagados todos quedaba libre la casa y en consecuencia había procedido a levantar los sellos. Todos los muebles habían desaparecido, pero el edificio bien valía 30.000 francos. Croisilles lo recorrió tristemente, pensando en el desdichado fin de todo el inmenso trabajo de su padre. Juan trataba de consolarle, diciéndole que no estaba todo perdido puesto que la casa suponía un pequeño capital con el que era posible rehacer la fortuna, y añadir que en todo caso él podía prestarle sus ahorros. Croisilles agradeció este rasgo asegurando que no estaba falto de dinero, puesto que la operación realizada en París le había hecho dueño de 200 luises de que todavía era portador, pero que le abrumaba la desgracia de su padre y de su nombre. La solicitud de Juan acabó por enternecerle y persuadirle a participar de un convite casero preparado por la anciana esposa del criado; y confortado por éste, en lugar de arrojarse al mar como pensaba, se fué al teatro, donde, sacando las violetas de la señorita Godeau y mientras aspiraba su perfume con un profundo recogimiento comenzó a pensar serenamente en su situación y a que muy bien la pretensión formulada por la mañana pudiera repetirse con probabilidades de éxito. Mientras que Croisilles divagaba así, sin atender a la representación teatral, la señorita de Godeau, en persona, apareció en un palco frente a él. Todos los petimetres de la ciudad pasaban una y otra vez ante la linda damita a la que custodiaba su orondo padre. Pero Croisilles observó que ella ni reparaba en aquellos ni atención a la representación. En el entreacto, se escurrió por el pasillo y consiguió mirar por el cristál del palco y ¡cosa extraña! la señorita de Godeau volvió en aquel mismo instante la cabeza

y lo sorprendió. Croisilles interpretó un ligero gesto de asombro como un ¡Dios mío! ¡No estáis muertos! ¡Gracias señor! Y esta mirada le dió audacia para escribirle a la mañana siguiente una carta tan desordenada como él mismo que comenzaba diciendo:

«Señorita: Os suplico que me digais con exactitud qué fortuna es necesaria para poder aspirar a casarse con vos...», poniendo a continuación todas las razones sentimentales que le obligaban a mantener tan obstinado propósito. Llevó esta carta a casa de su amada y mediante un luise consiguió de la doncella la promesa de que la haría llegar a su destino. Al poco rato, la fiel mensajera le traía esta respuesta:

«Oh, por Dios, señor! ¡Nada de eso! No soy orgullosa. Si tenéis nada más que cien mil escudos, me casaré muy gustosa con vos».

Cien mil escudos eran trescientos mil francos y Croisilles poseía una casa de treinta mil y cuatro mil francos traídos de París. ¿Cómo conseguir los restantes? En primer lugar, era necesario tener su capital inicial en numerario vendiendo la casa. Colgó encima de la puerta un cartel anunciando que la finca se vendía, y soñando en lo que haría con el dinero que pudiera sacar de ella, se dedicó a esperar un comprador.

Dos semanas transcurrieron sin que se presentase ninguno. Croisilles se pasaba los días lamentándose con Juan, y ya comenzaba a desesperarse cuando un mercader judío llamó a la puerta.

—¿Se vende esta casa?
—Sí, señor.
—¿Sois el dueño de ella?
—Sí, señor.
—¿Cuánto vale?
—Treinta mil francos. Al menos eso decía mi padre.

El judío recorrió las habitaciones, subió hasta las buhardillas, bajó a la cueva, golpeó las paredes, contó los escalones, giró las puertas sobre sus goznes, examinó las cerraduras, probó las llaves, abrió y cerró las ventanas y, tras de un minucioso examen, saludó con una reverencia a Croisilles, y sin decir una palabra ni hacer la menor proposición se fué.

Croisilles, que durante una hora le había seguido paso a paso con el corazón palpitante no se desalentó, como se creería, por la extraña despedida del judío, suponiendo que querría tomarse tiempo de reflexionar y que pronto volvería. Sin atreverse a salir por si volvía, se pasó ocho días esperándole y asomándose constante a la ventana; pero en vano: el judío no volvió. Juan, siempre fiel a su triste papel de razonador, predicaba moral a su amo para disuadirle de malvender la casa precipitadamente y por motivo tan extravagante. Hasta que, lleno de impaciencia, de tedio y de amor, cierta mañana salió Croisilles resuelto a probar fortuna con los únicos doscientos luises que tenía.

En aquel tiempo se jugaba en secreto; mas no existían los garitos públicos donde cualquier ciudadano, a cualquier hora, puede arruinarse con tan civilizado refinamiento en cuanto se le pasa por la imaginación. Una vez en la calle Croisilles se detuvo sin saber adónde dirigirse para arriesgar su dinero, y, examinando las casas vecinas, pretendía descubrir la que buscaba por su apariencia sospechosa. En esto un joven de porte distinguido, vestido magníficamente, pasó junto a él. A juzgar por su aspecto, debía ser noble o rico heredero. Croisilles le abordó con toda cortesía.

—Perdonad, señor —le dijo—, la libertad que me tomo. Tengo doscientos luises en mi bolsillo y un vivo deseo de perderlos o duplicarlos en el juego. ¿Me podríais indicar algún sitio decoroso para ello?

Ante tan extraña petición el joven, tras una sonora carcajada, respondió:
—¿Si no buscáis más que eso, seguidme, pues yo voy allí!

Croisilles le siguió y a los pocos pasos entraron en una casa de excelente apariencia donde fueron recibidos con todos los honores por un antiguo gentilhombre de agradabilísimo trato. En torno al tablero verde estaban sentados algunos jóvenes. Croisilles ocupó modestamente un puesto entre ellos, y en menos de una hora perdió sus doscientos luises.

Salió de allí un poco triste, hasta donde puede estarlo un enamorado que se cree correspondido. No le quedaba ni para comer aquel día; pero no era esto lo que le inquietaba.

«¿Qué haré ahora —se preguntaba— para tener dinero? ¿A quién dirigirme aquí? ¿Quién querrá prestarme cien luises sobre una casa que no tiene comprador?»

En tal perplejidad se hallaba cuando se encontró con el mercader judío. Al verle no dudó en dirigirse a él, y como siempre, sin reflexionar, le expuso su situación. El judío no tenía grandes deseos de comprar la casa; fué a verla únicamente por curiosidad, o, mejor dicho, para tranquilizar su conciencia, como el perro que al pasar ve abierta la puerta de la cocina y entra por si encuentra algo que llevarse; pero halló a Croisilles tan desesperado, tan triste, tan falto de recursos, que no pudo resistir la tentación de apoderarse de su miseria y le ofreció por la casa una cuarta parte de su valor. Croisilles se abrazó a él, le llamó su amigo y su salvador, firmó a ciegas un documento inicial y, dueño otra vez de cuatrocientos luises, al día siguiente se encaminó hacia el garito donde con tanta cortesía y rapidez le arruinaron la víspera.

Al pasar por el puerto vió un navío dispuesto a partir. El mar estaba tranquilo, acariciado por una dulce brisa. En el muelle la gente de mar hacía sus preparativos, y en su faz se leía el temor, la impaciencia o la esperanza. Los marineros iban y venían sin cesar; los mercaderes y capitanes de navío daban sus últimas órdenes; los pasajeros se despedían de sus familias y nume-

rosas y ligeras lanchas surcaban las aguas en torno a la nave majestuosa que se balanceaba dulcemente, entre tanta agitación, inflando sus velas orgullosas.

«¡Oh, qué hermoso es —pensó Croisilles— arriesgar así lo que se tiene para ir a buscar allende los mares una accidentada fortuna! ¡Oh, qué emoción cuando se haga a la mar esta nave cargada de riqueza tanta, bienestar de muchas familias! ¡Qué alegría verla al regreso con el doble de lo que se la confió, más orgullosa y más rica que cuando se fué! ¡Oh, quién fuera uno de estos comerciantes! ¡Oh, si yo pudiera jugarme así mis cuatrocientos luises! ¡Qué inmenso tablero verde el de la inmensa mar para probar mi suerte en él! ¿Por qué no comprar algunas balas de paños y sedas? Y teniendo dinero, ¿quién va a impedirme? ¿Por qué no ha de hacerse cargo de lo mío este capitán? Y de este modo, ¿quién sabe si, en vez de ir a dejar este mi pobre y único capital en un garito, lo duplicaré y hasta puede que lo triplique en una industria honrada? Si es cierto que Julia me quiere, me esperará algunos años y me será fiel hasta que podamos casarnos. A veces el comercio produce mayores ganancias de lo que uno esperaba. En el mundo no faltan ejemplos de rápidas y sorprendentes fortunas, debidas al comercio por mar. ¿Por qué no ha de proteger la Providencia un propósito tan laudable y tan digno de ayuda? Entre tantos que se han enriquecido y que fletan barcos para todo el mundo más de uno habrá que haya comenzado con una cantidad menor que la mía. Y con la ayuda de Dios han prosperado. ¿Por qué no he de poder prosperar yo también? Esta nave me inspira confianza, y creo que un viento favorable sopla en sus velas. ¡Vamos! ¡La suerte está echada! Me dirigiré al capitán, cuyo aspecto me anima también. En seguida escribiré a Julia, y pronto sere un hábil negociante».

El inconveniente mayor de los que preceden con ligereza es el de querer hacerlo todo al instante. El pobre mozo, sin reflexionar en nada más, puso su capricho en ejecución. Hallar quien vendiera a quien lleve dinero, aunque no le conozca, es la cosa más fácil. El capitán, para obligar a Croisilles, le condujo a casa de un fabricante amigo suyo que le vendió cuantas mercancías en seda y tejidos pudo pagar, las cuales en una carreta fueron transportadas inmediatamente a bordo.

Croisilles, loco de júbilo y esperanza, había puesto su nombre en los fardos con gruesos caracteres. Con una alegría indescriptible vió cómo los subían al barco, que, llegada la hora de partir, se fué alejando poco a poco de la costa.

No es necesario decir que en tal empresa Croisilles no había tenido la precaución de reservarse algún dinero, y como la casa ya no era suya, no le quedaban otros bienes que la ropa que llevaba; ni un dinero (1), ni dónde guarecerse. Llevado de su buen deseo, Juan no podía suponer que su amo estuviera reducido a tal pobreza, y Croisilles era incapaz de decirse, no por orgullo, sino por indolencia. Se hizo el propósito de dormir a cielo raso, y en cuanto a comer, he aquí sus cálculos: supuso que el barco portador de su fortuna tar-



Ella no se paraba en los petimetres ni atendía a la representación.

daría seis meses en volver; vendió no sin pena un reloj de oro, regalo paterno, que por fortuna conservaba; le dieron por él treinta y seis libras (2), con las que se propuso vivir durante los seis meses, a razón de cuatro sueldos diarios, sin dudar ni un momento que fuera suficiente. Escribió a la señorita Godeau, informándole de lo que había hecho —guardándose muy bien de hablar de sus apuros—, y diciéndole, por el contrario, que acababa de realizar una magnífica operación de comercio, cuyos infalibles resultados estaban próximos. La explicaba como «La Floreilla», bajel fletado con ciento cincuenta toneladas de mercancía, surcaba el Báltico con sedas y tejidos de su propiedad. La rogaba le permaneciese fiel durante un año, con derecho a exigirle entonces que cumpliera su palabra, y por su parte le juraba amor eterno.

Cuando la señorita Godeau recibió su carta estaba sentada junto a la chimenea y tenía en la mano, a guisa de pantalla contra el calor, uno de esos boletines que se publican en los puertos para notificar la entrada y salida de los barcos y anunciar los desastres. Como es fácil suponer, jamás se le ocurrió ocuparse de tales noticias, y nunca había puesto los ojos en aquellas hojas impresas hasta entonces, que las leyó interesada por la carta de Croisilles. La primera palabra en que



Al pasar por el puerto vió un navío dispuesto a partir.

se fijó fué precisamente el nombre de «La Floreilla». El bajel había encallado en las costas de Francia la misma noche que se hizo a la mar. La tripulación se había salvado milagrosamente; pero se había perdido todo el cargamento.

Ante aquella noticia la señorita Godeau sólo pensó en que Croisilles se había arruinado por ella, y tuvo un sentimiento tan grande como si la pérdida experimentada por Croisilles fuese de millones. En un momento de horror de una tempestad, los vientos que rugen, los lamentos de los naufragos, la ruina del hombre que la adora, toda, en fin, una escena de novela aparece en su imaginación; la carta y el boletín se le caen de las manos, se levanta presa de viva excitación, palpitante y agitado el pecho, los ojos arrasados en lágrimas, y comienza a pasear a grandes pasos, resuelta a proceder como debe y preguntándose qué debe hacer.

Hagamos justicia al amor, que cuanto más fuertes son los motivos que lo combaten, más claros, vivos e innegables, más ama, y, en una palabra, cuanto más insensata es más se enciende la pasión; bella cosa es esta sinrazón del alma, y sin ella poco valdríamos los hombres. Después de habérselo paseado por su estancia, sin olvidarse de su caro abanico ni de mirarse al pasar en el espejo, volvió a hundirse Julia en su poltrona. Quien la hubiera visto en aquel instante hubiera gozado de un conmovedor espectáculo; brillaban sus ojos, ardían sus labios, suspiraba profundamente y murmuraba con una alegría y un dolor deliciosos:

—¡Pobre muchacho! ¡Se ha arruinado por mí! Aparte de la fortuna que debía heredar de su padre la señorita Godeau poseía la que recibió al morir su madre. Jamás había pensado en ella; mas en aquel momento, por primera vez en su vida, recordó que podía disponer de quinientos mil francos. Sonrió a este pensamiento y concibió un proyecto extravagante, atrevido, muy femenino y tan disparatado como el del mismo Croisilles. Acarició su idea algún tiempo, y al fin se decidió a ejecutarla.

Comenzó por averiguar si Croisilles tenía algún pariente o amigo, para lo cual puso en juego a su doncella. Después de muchas gestiones, descubrió que en un piso cuarto de una casa muy vieja tenía Croisilles una tía medio paralítica que jamás se movía de un sillón, y que llevaba cuatro o cinco años sin salir a la calle. La pobre anciana parecía haber sido puesta o, mejor dicho, abandonada en el mundo como un muestrario de calamidades y miserias humanas. Vivía en un desván, y estaba ciega, gotosa y casi sorda; pero una alegría natural, más fuerte que su desgracia y sus males, la animaba a los ochenta años, haciéndola amar la vida a pesar de todo. Sus vecinos jamás pasaban por su puerta sin entrar a verla, y todas las mocitas del barrio se divertían oyéndola tararear canciones antiguas. Vivía de una pequeña renta vitalicia, y se pasaba el día haciendo calceta. Por lo demás, no sabía lo que había sucedido desde la muerte de Luis XIV.

Julia fué de incógnito a casa de esta respetable señora.

Para esta visita se puso sus mejores galas: plumas, encajes, cintas, diamantes, nada omitió. Quería seducir el corazón de la anciana. Pero su mayor belleza estaba aquel día en el capricho que allí la llevaba. Subió la escalera, empuñada y obscura, y después del más gracioso saludo habló a la viejecita de este modo:

—Señora: tenéis un sobrino llamado Croisilles que me ama y que ha pedido mi mano; yo también le amo y quisiera casarme con él; pero mi padre el señor Godeau, arrendador general de la ciudad, se opone a ello porque vuestro sobrino yo soy rico. Por nada del mundo quisiera yo ser causa de un escándalo ni disgustar a nadie. Yo tampoco tendría valor para disponer de mi propio sentimiento de mi familia. Vengo a pedir un favor que os suplico me concedáis: es necesario que vos misma vayais a proponer la boda a mi padre. Gracias a Dios, tengo una fortuna que está por completo a vuestra disposición: cuando queráis, mi notario os entregará quinientos mil francos, cuya suma podéis decir que pertenece a vuestro sobrino, y en efecto le pertenece por causa de un regalo que le hago, sino de una deuda que le pago, pues yo soy la causa de su ruina de Croisilles y es justo que la repare. Mi padre no cederá fácilmente; será preciso que asistáis y que tengáis un poco de valor; por mi parte no he de volverme atrás. Como nadie en el mundo sino yo tiene derechos sobre la causa de que os hablo, nadie sabrá jamás de dónde os ha venido. Ya sé que no sois rica y que acaso os mal se extrañe la gente al veros dotar a vuestro sobrino; pero tened en cuenta que yo soy vuestro no os conoce, que os dejéis ver muy poco en la ciudad y que, por tanto, os será fácil que os acabéis de llegar de un viaje. Es indudable que todo esto os causará molestias, tenéis que dejar vuestro sillón y sufrir un poco; pero ¡dichosos a dos seres. Y si vos, señora, habéis sido alguna vez lo que es amor, espero que no os negaréis.

(Continúa en tercera página)